

mos términos, que todo árbol que no lleve fruto se cortará y arrojará á las llamas! Desgraciados de nosotros! no tenemos otro recurso que renovar las promesas; de lo contrario perecemos sin remedio, porque la escritura que entónces hizo Dios con nosotros, ya está rota, ya no nos da derecho alguno á la gloria ni á la gracia.

Ó buen Jesus! salvádnos; mirád que nos hallamos en peligro de perecer. No os pido ahora venganza para el pecador, no os excito á enviar los rayos de vuestra justicia; reclamo mas bien la bendicion de vuestra misericordia, esa prueba grande, la mayor que podéis dar á los cristianos de la ternura con que los amáis. Bien presente tenéis nuestra miseria: ni ¿qué pueden hacer sino pecar y ofenderos, unas criaturas débiles, concebidas en pecado, cercadas á pesar suyo de pasiones, acometidas por todos lados de crueles enemigos? Más pudiéramos, es verdad; vuestra gracia nos facilita el medio de vencer todos los obstáculos que nos impiden serviros y amaros de corazon; pero si no lo hicimos, qué interes tenéis en perdernos? qué gusto en condenarnos? Ó Dios de bondad! ó dulcísimo Jesus de mi vida! conozca todo el mundo el exceso de vuestro amor; resalte en todas partes la infinidad de vuestra misericordia. Cuanto somos mas indignos del perdon, tanto se conoce mas vuestra liberalidad concediéndolo. Nosotros reconocemos nuestra ingratitude, pero prometemos la enmienda verdadera de nuestra vida. Renunciamos á Satanás, sus obras, sus pompas y vanidades, y os juramos un amor inalterable, una amistad verdadera, una alianza eterna. Seamos vuestros amigos, y conjúrese todo el mundo contra nosotros; seamos vuestros amigos, y lluevan sobre nosotros todos los males posibles; seamos vuestros amigos, sea creída la sinceridad de nuestra fe, que vos solo seréis el premio de nuestra amistad. Amen.

DISCURSO.

EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECÍAS

PRUEBA LA DIVINIDAD DEL SALVADOR.

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA
DE CUARESMA.

(DE TRONCOSO.)

Quod signum ostendis nobis, quia hæc facis? respondit Jesus et dixit eis: Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud.

¿Qué señal nos das (dijeron á Jesus los judíos) de tu autoridad para hacer estas cosas? Respondióles Jesus: Destruid este templo, y yo en tres dias lo reedificaré.

S. Juan, c. 2. v. 18 y 19.

Las acciones todas del Salvador sobre la tierra parece no tenían otro fin que el de ilustrar á los hombres acerca de la mision, que de su eterno Padre habia recibido. Al efecto, y para despertar al pueblo judío del mortal letargo en que la incredulidad le tenia sumergido, no solamente obra en su presencia portentos y maravillas que anuncian su divinidad, sino que tambien, revistiéndose á veces de aquel carácter de autoridad suprema que como á Dios le pertenecia sobre los hombres, hace delante de ellos cosas que, sin reconocerle por tal, parece no podian explicarse. Tal es sin duda el celo que Jesus manifestó, segun el presente Evangelio, cuando subiendo á Jerusalem y encontrando en el templo gentes que vendian bueyes, ovejas y palomas, y cambiantes que estaban sentados en sus mesas, habiendo formado de cuerdas como un azote, los echó á todos del templo juntamente con las ovejas y bueyes, dicen-

do: quitád eso de aquí, y no hagáis de la casa de mi Padre una casa de tráfico. Ved ahí, católicos, una acción propia solamente de un Dios; porque si los judíos no hubieran reconocido en el Salvador algún destello de su divinidad, ¿cómo explicar el asombro y terror que ocupó á toda aquella muchedumbre de gentes, que ni siquiera osaron oponérsele, estando autorizados para negociar en aquel sitio por los mismos sacerdotes de la sinagoga? Si le hubieran mirado como un mero hombre, ¿no se hubieran resistido á una acción al parecer tan violenta, apelando, llenos de indignación, á la fuerza para vengar la injuria? Léjos de esto, aquel aire de majestad con que en esta ocasión se produjo el Salvador, no hizo sino despertar en la memoria de los que se hallaban presentes, lo que los profetas habían escrito de él anticipadamente. *Recordáronse entonces los discípulos*, dice el texto sagrado, *de que escrito estaba: el zelo de tu casa me tiene consumido.*

¿Cómo es pues que los judíos, desentendiéndose de esta profecía, no se persuaden aún de la divinidad de Jesucristo, y permanecen en su incredulidad? En efecto dirigiéndose al Salvador, le preguntaron: *¿qué señal nos das de la autoridad con que haces estas cosas?* Á lo que Jesús solo contesta con una nueva profecía: *Destruid*, les dice, *este templo, y yo en tres días lo reedificaré.* No habla el Salvador del templo material de Jerusalem, como lo creyeron los judíos, sino del templo de su cuerpo, que aquellos hombres pérfidos destruirían dándole una muerte cruel é ignominiosa, y que por la virtud divina había de resucitar impasible y glorioso, al cabo de tres días de permanencia en la oscuridad del sepulcro. Prodigio inconcebible, que realizado un día conforme había sido vaticinado por el mismo Jesucristo, derramó una gran luz sobre todas las demás profecías relativas á él, é hizo que muchos creyesen en su nombre á causa de estos portentosos acontecimientos: *multi crediderunt in nomine ejus, videntes signa ejus, quæ faciebat* (1).

Es de notar que los judíos en su generalidad permanecieron obstinados, y á pesar de ver todos los días nuevas señales, que venían al apoyo de lo que los santos profetas habían dicho del carácter y cualidades del Mesías, ciegos á tanto resplandor, le desconocen, y oyéndole no le escuchan, verificándose en ellos

(1) *Joann. c. 2. v. 23.*

mismos otra predicción, no ménos digna de atención que las demás: *ut videntes non videant et audientes non intelligent* (1).

De aquí ha nacido el que los incrédulos modernos, apoyados en la obstinada perfidia de los judíos, han pretendido establecer que las predicciones que leemos en los Libros santos, nada prueban en favor de la divinidad de Jesucristo, ni dicen relación á él. De otro modo, dicen, el pueblo judío, depositario de estos vaticinios, no hubiera podido resistirse á su testimonio y hubiera creído en el Salvador de Israel. Contra esa aserción pues me propongo demostrar en el presente discurso, que la incredulidad de los judíos, léjos de convencer al cristiano de la nulidad de las profecías, es por el contrario una demostración irrefragable de su autenticidad, y que en ellas se hallan marcados todos los caracteres de la divinidad de nuestro Salvador. *Ave María.*

Inútil sobre inoportuno sería entrar en este momento en la cuestión de conveniencia y necesidad de las profecías relativas á Jesucristo y á su prodigiosa obra la Religión católica. Hay en esta Religión misterios tan profundos y superiores á la humana inteligencia, que el hombre por sí mismo jamás hubiera podido llegar ni aún á sospecharlos. Tales son indudablemente la aparición del Salvador en el mundo en carne mortal, la unión de las dos naturalezas divina y humana en un solo supuesto, y otros mil misteriosos prodigios, de que se halla sembrada la vida y muerte del Hombre-Dios. Nada pues más digno de la infinita sabiduría del Eterno y de su bondad inefable, que el preparar al mundo para el cumplimiento de estos prodigios por medio de santas revelaciones, que le instruyesen acerca de lo que debía tener efecto en la plenitud de los tiempos. Por eso el Señor, usando con los hombres de una misericordiosa condescendencia, apenas se hubo consumado en el Paraíso el crimen de rebelión que separó al hombre de su Dios, compadecido de su desgracia, anuncia un futuro reparador á la raza proscrita, y desde aquel día una tradición no interrumpida en el espacio de cuarenta siglos, va pasando de generación en generación, haciéndose de cada vez más clara, en proporción que se aproxima

(1) *Luc. c. 7. v. 10.*

man los días señalados á la aparicion del Deseado de los collados eternos. Acrecentándose progresivamente las ansias de la humanidad y sus deseos de ver al que debía venir á salvar las reliquias de Israel, y por otra parte siendo necesarios al completo desarrollo del plan divino nuevos y mas vivos recuerdos de este acontecimiento sorprendente, para evitar sin duda el que los tiempos ó las pasiones pudieran hacer olvidar ú oscurecer la antigua tradicion; el Señor suscita por todas partes profetas, que inspirados por él, descubren el porvenir en términos que no dejan lugar á la duda á cuantos se hallan animados de buena fe.

No lo estaban sin duda los filósofos que en el pasado siglo se atrevian á sostener en tono grave y magistral, que el conocimiento del porvenir era una cosa imposible, afirmando, como consecuencia necesaria de su error, que las profecías no podian ser una prueba demostrativa de la divinidad de una religion. Si bien algunos hombres juzgaron demasiado vergonzoso defender este grande absurdo, exigian no obstante, para que una profecía pudiese servir de autoridad, la siguiente condicion, á saber, que los mismos hombres debiesen ser testigos de la prediccion y del cumplimiento de los acontecimientos predichos. Felizmente en la época actual estas ideas han caído en descrédito: los hombres son ménos ciegos, y sobre todo no tan preocupados como entónces: desprécianse generalmente estos errores, dignos ciertamente de la generacion que acaba de extinguirse; y por una conviccion, que la experiencia, no ménos que las luces de la ciencia, han arrancado á los espíritus, se ha llegado á comprender, que nada hay tan conforme á la idea que todos los hombres tenemos de la omnipotencia de Dios, como el conocimiento infinito que abraza lo pasado, lo presente y lo venidero; al modo que se comprende que nada hay mas digno de su bondad misericordiosísima, que la comunicacion de las luces que le plugo hacer á ciertas almas privilegiadas, para esclarecer los pueblos y prepararlos á las disposiciones de su divina providencia (1).

(1) Así lo ha confesado expresamente el filósofo Manpertuis. «Hállase (dice) en la Religion cristiana una ventaja, de que ninguna otra puede gloriarse, y es el haber sido anunciada muchos siglos ántes de que apareciese en el mundo; y esto por los mismos testimonios de otra religion que los conserva todavia, á pesar de ser hoy su mas implacable enemiga.» (*Ensayo de filosofia moral*, c. 7.)

Sentados estos antecedentes, abramos las sagradas páginas y leamos las sublimes revelaciones de la Biblia acerca de Jesucristo nuestro salvador. El primero que ocurre en este momento á mi imaginacion, es el profeta Miquéas. Ved cómo se expresaba este hombre inspirado 650 años ántes de la venida de Jesucristo: *O Belen! ó Efrata! pequeña eres entre las ciudades de Judá; pero de ti saldrá el que debe reinar en Israel, cuya generacion data desde el principio de la eternidad* (1). Ved aquí designado el sitio donde debía nacer el Salvador del mundo. Las circunstancias de su nacimiento ya las habia cantado Isaías (2) muchos años ántes: *Levántate, ó Jerusalem; hé aquí la luz brillante que va á derramarse sobre ti... Los reyes caminan presurosos en pos de los resplandores de tu majestad... Tus hijos vendrán de los mas remotos climas; los hombres mas grandes se humillarán en tu presencia. Los dromedarios de Madian y de Efa inundarán tu recinto. Vendrán los reyes de Arabia y de Sabá, y te ofrecerán el oro y el incienso, y cantarán las alabanzas del Señor.* Muchísimo ántes de esto, á saber, 1800 años ántes de Jesucristo, el patriarca Jacob en el lecho de su muerte, reuniendo sus doce hijos, dirige su voz á Judá, é ilustrado de la divina luz, le anuncia, que en la tribu de su nombre habria siempre ya reyes ya capitanes, ya magistrados, hasta el dia en que el Mesías tan deseado de las naciones se dejase ver. *No saldrá, dice, de Judá el cetro, y se verán siempre en su posteridad conductores del pueblo, hasta la venida de aquel que debe ser enviado y que es la esperanza de las naciones* (3). No pueden ser, católicos, mas precisos los términos de estas profecías, ni mas exacto su cumplimiento. Sin embargo aún tenemos una que designa hasta los días mismos en que debía verificarse el advenimiento de Jesucristo y su sacrificio por la redencion del universo. Hablo de la célebre prediccion de Daniel, que leemos al capítulo IX, en donde refiere, que «estando un dia orando y llorando sus pecados y los del pueblo de Israel, se le apareció Gabriel, el varon á quien habia visto en el principio de la vision, el cual, tocándole en la hora del sacrificio de la tarde, le dijo: Daniel, yo he venido á ti para instruirte acerca de lo que ha de suceder. Abreviado se han setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que fenezca la prevaricacion y tenga fin el

(1) *Mich. c. 5. v. 2.* (2) *Isai. c. 60. v. 1. ad 6.* (3) *Gen. c. 49. v. 10.*

pecado, y sea borrada la maldad, y sea traída justicia perdurable, y sea unguido el Santo de los santos. Sabe pues, y nota atentamente: desde la salida de la palabra para que Jerusalem sea otra vez reedificada, hasta Cristo príncipe, serán siete semanas y sesenta y dos semanas; y de nuevo será edificada la plaza y los muros en tiempo de angustia; y despues de sesenta y dos semanas, será muerto el Cristo, y no será mas suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario; y despues del fin de la guerra vendrá la desolacion decretada; y afirmará su alianza con muchos en una semana, y en medio de esta cesará la hostia y el sacrificio, y será en el templo la abominacion de la desolacion, y la desolacion durará hasta la consumacion y el fin. » Hasta aquí el profeta; y ¿quién, católicos, por poco que reflexione, dejará de reconocer que Jesucristo es el mismo, de quien habla Daniel en su célebre prediccion? ¿Qué otro sino el Salvador ha sido justamente llamado el *Santo de los santos*, el *Cristo* ó el *Ungido del Señor*? ¿Quién sino él ha destruído el pecado, ha sido mediador de una nueva alianza entre Dios y los hombres, y por medio del sacrificio de la cruz ha hecho inútiles las obla-ciones y cesar los sacrificios de la ley antigua? En aquellas palabras, *El pueblo que negará al Cristo, no será mas su pueblo*, ¿no veis clara y distintamente designados los judíos, que dando muerte al Salvador conjuraron contra sí la cólera del cielo? ¿Y quién que tenga alguna tintura de la historia, podrá dudar un momento, que en aquel pueblo que Daniel profetizó, *debía venir con su caudillo á destruir la ciudad y el santuario*, se designaban las legiones romanas acaudilladas por Tito, hijo del emperador Vespasiano, las cuales cuarenta años despues de la muerte de Jesucristo sitiaron á Jerusalem, la destruyeron é incendiaron el templo, sin que bastasen los esfuerzos del mismo Tito, para librarlo de la voracidad de las llamas? ¿Quién no ve verificada la desolacion anunciada por Daniel en aquella guerra espantosa, en que murieron un millon y cien mil personas, ora al filo del acero, ora á impulso del hambre mas atroz, siendo los restos de esta desgraciada nacion víctimas de la mas ominosa esclavitud? ¿Quién no ve esas tristes reliquias de la raza de Abrahan llevando donde quiera marcado el sello de su reprobacion, por haber desconocido á su Dios, sin reyes, sin leyes, sin sacerdotes, y hecho el objeto del desprecio de las naciones?

¡Oh, cuán inútilmente se afana la impiedad en querer demostrar que este estado lamentable, á que condujo á los judíos su obstinacion en no reconocer al Mesías, no fué sino una desgracia ordinaria que se podia préver con las luces naturales! No; el estado de esa nacion reprobada es demasiado singular, único en su línea, para que haya podido ser el mero resultado de ciertas circunstancias, hijas del curso ordinario de las cosas. Porque ¿dónde se vió jamas una nacion célebre, culta, ilustrada con acontecimientos sorprendentes y magníficos, cuales nunca se habian visto, ser lanzada en su totalidad de su patria y desarraigada, por decirlo así, de su propio suelo, y llevar una vida errante en todos los reinos y provincias de la tierra? ¿Qué fenómeno tan singular no ofrece á nuestra vista un pueblo entero, despreciado, aborrecido, mirado con prevencion por todos los pueblos, cualquiera que sea su carácter y religion; por el cristiano como por el infiel, por el adorador del Dios único no ménos que por el insensato adorador de los ídolos, por el hombre civilizado de igual modo que por el bárbaro y salvaje? ¿Una nacion ciega, hasta el punto de conservar como un sagrado depósito el mismo libro que contiene los fundamentos de aquella Religion, que ella se obstina en desconocer? ¿Vióse jamas un pueblo tan fuertemente adherido á las pruebas de la Religion verdadera, y al mismo tiempo tan enemigo de esa Religion? ¿Despojado cerca de dos mil años há de sus templos, de sus altares, de sus sacrificios, de sus sacerdotes y de su religion, y sin embargo tan firme é inmutable en ella? Consúltense los anales del mundo, léanse las historias de todas las naciones, examínense los fastos de todos los imperios, invéstiguese la naturaleza y la marcha de los acontecimientos humanos; y díganosenos entónces si jamas la tierra fué el teatro de un espectáculo semejante. ¿Quién pues á vista de estas razones tan luminosas podrá abrigar la menor duda acerca de la incontestable autenticidad de las profecías, y de su referencia á los objetos que señalamos?

Pero si la crítica suspicaz de los enemigos del Crucificado no se satisface con estas pruebas, lean con reflexion los libros proféticos, y especialmente á Isaías y Jeremías, y hallarán marcadas hasta las mas minuciosas circunstancias de la pasion y muerte de Jesucristo. Allí verán vaticinado que debía ser entregado por un amigo en manos de sus enemigos y comprado por

estos por treinta dineros; allí le verán pintado como un corde-ro inocente enmudeciendo en presencia de falsos testigos; allí le verán ofreciendo su mejilla al golpe cruel de una mano alevé, saciado de oprobios, clavado de piés y manos, crucificado en medio de dos criminales, abrevado con hiel y vinagre, sorteada sus vestiduras, pidiendo por sus perseguidores, atravesado con una lanza, y cargando con todos los pecados del mundo, para curar con sus llagas las que el pecado había abierto á toda la humanidad. Sí, católicos, todo esto se halla vaticinado con la mayor precision y claridad en los profetas, muchos siglos ántes de su acontecimiento, todo conforme sucedió, y en los mismos términos que lo ha reconocido el universo. Y esto ¿no prueba hasta la evidencia la divinidad de Jesucristo?

Ah! en vano los judíos, condenados por la precision de los textos que acabamos de referir, han tomado el partido de negarlos. Inconsecuentes! ¿por qué ántes de la venida de Jesucristo, á quien ellos crucificaron, entendian del Mesías todas las palabras de los profetas, sobre que los cristianos fundamos nuestra fe? ¿Cómo es que recordando las palabras de Jacob, que arriba referimos, esperaban al Salvador, al rey prometido, en el momento mismo en que apareció en el mundo conversando entre los hombres? Los mismos Magos de Heródes preguntados por los reyes de Oriente, dónde había nacido el rey de los judíos, ¿no respondieron, que segun las profecías debía ser en Belen de Judá? Luego creían á las profecías, y su testimonio era para ellos entónces indudable. ¿Hay pues buen sentido, hay racionio, hay lógica en negar ahora lo que entónces creyeron? Ah! ellos no han querido cargar con el peso de la ignominia de la muerte del Justo; pero la sangre de este ha caído sobre ellos y sobre sus hijos. «¿Qué es lo que has hecho, ó pueblo ingrato?» exclama aquí el gran Bossuet (1). «Esclavo de todos los países y de todos los príncipes, no sirves á los dioses extranjeros; ¿cómo pues Dios, que te había escogido tan particularmente, ha podido olvidarte de esta suerte? ¿Dónde están, qué se hicieron para ti sus antiguas misericordias? ¿Qué crimen es ese que hace pesar sobre ti tan horroroso castigo? Ah! acuérdate de aquel grito que lanzaron un día tus padres: ¡Que su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! y de

(1) *Discurso sobre la Historia universal, 2ª. parte, núm. 10.*

aquella otra palabra: *Nosotros no reconocemos otro rey que el César.* Por eso, ó pueblo infortunado, por eso Jesucristo jamas será tu rey: guarda pues lo que voluntariamente escogiste; permanece en buen hora, esclavo de los césares y tributario de los reyes, hasta que llegue el dia en que la plenitud de los gentiles haya entrado en el gremio de su Dios, y sea salvo todo el pueblo de Israel: *Donec plenitudo gentium intraret, et sic omnis Israël salvus fiet* (1).»

En vano pues, repito, se esfuerzan los judíos en querer desmentir las profecías, que ántes reconocian como verdaderas. Su exacto cumplimiento ha espareido una luz que, si no la ven, es porque quieren cegarse voluntariamente. Ciéguense en buen hora; mas nosotros les diremos siempre, que ellos se han mentido á sí mismos, incurriendo en una contradiccion tan monstruosa, que los condena y hace aparecer los hombres mas insensatos del mundo. Y si no que nos digan, ¿por qué Josefo, salido de la raza sacerdotal, aplicaba la profecía de Jacob al emperador Vespasiano, sino porque estaba generalmente reconocido, que el Deseado de las naciones debía venir á poner sobre la cabeza de un pagano las magnificas promesas del cielo? ¿Por qué durante todo el siglo que siguió á la muerte del Salvador, se perpetuó la opinion de que el Mesías iba á aparecer, porque eran ya cumplidos los días de su venida? ¿Por qué en la desesperacion de no poder hallar un personaje ó un hombre que pudiesen reconocer como objeto de estos misteriosos vaticinios, adoptan la extraña resolucion de decir en el segundo siglo, que el Cristo había venido ya, pero que era invisible al mundo y que esperaba á Elías para que le consagrara? ¿Por qué nos dejan leer en el Talmud, que son pasados ya los tiempos prefijados á la venida del Mesías, y que debe maldecirse á cuantos computan los años de su aparicion? En suma si las profecías no dicen relacion al Salvador, ¿qué significaba la solicitud con que todos le esperaban puntualmente en el tiempo en que se dejó ver en el mundo? Borren pues, si les es posible, esos Libros sagrados, depositarios de las profecías: las pruebas que de ellos sacamos para evidenciar la divinidad de Jesucristo, no serán ménos ciertas é incontestables.

Pero oigamos las palabras de un célebre judío, que por su

(1) *Rom. c. 11. v. 25 et 26.*

ciencia y conocimientos se ha merecido la atención de todos los verdaderos sabios. Hablo, señores, del ilustre israelita Mr. Drach, que convertido á la Religión católica, reside hoy en Roma, siendo por sus escritos uno de los que mas honran aquel plantel de la verdadera ciencia. Refiriendo la impresion que en su alma y en su razon produjo la lectura de las profecías, dice estas memorables palabras: « En este atento exámen del sagrado texto yo he visto claramente que todas las profecías no forman, si así puede decirse, sino un vasto círculo de la circunferencia de cuatro mil años, cuyos radios vienen á terminar á un centro comun, que es Jesucristo, y no puede ser otro sino él. El Redentor del género humano, culpable desde el pecado de Adán, es el objeto, el término único de todas las profecías, que concurren á designarle de una manera que no deja lugar á desconocerle. Las predicciones forman en su conjunto y totalidad el mas perfecto cuadro. Los profetas mas antiguos trazan el primer bosquejo. En proporcion que se suceden, van perfeccionando los rasgos que sus antecesores habian dejado imperfectos. Quanto mas se aproximan al acontecimiento, tanto mas se van animando los colores, y cuando el cuadro está terminado, los artistas desaparecen. El último de todos, al retirarse, tiene un cuidado sumo de indicar el personaje que debe descubrir el velo de este gran misterio. Hé aquí, dice, que yo os envío á nombre del Eterno al que es mas que Elías (Juan Bautista) ántes que llegue el dia grande y temible del Señor: *Ecce ego mittam vobis Eliam prophetam, antequam veniat dies Domini magnus et horribilis* (1). »

¡Qué bien dice este israelita, convertido al cristianismo! El centro á donde van á terminar todas las profecías es Jesucristo, y solo Jesucristo. Para convencerse de esta verdad, no hay mas que comparar el nuevo Testamento con el antiguo. En este, no ménos que en aquel, el asunto principal ó exclusivo es el Salvador, su vida, su muerte, con todas las circunstancias, las mas extraordinarias é increíbles. No hay mas diferencia entre ambos Testamentos, sino que el antiguo anuncia que Jesucristo debe venir; al paso que el nuevo anuncia que le ha visto y oído. Pero esta reunion de caractéres que designan al Mediador, el cumplimiento de todos los oráculos de la Judea en la

(1) *Malach. c. 4. v. 5.*

persona augusta del Hijo de María, ¿prueban que Jesucristo es Dios? Indudablemente, porque de Dios vienen las solemnes predicciones que acabamos de examinar, sin que puedan venir de otro origen que no sea divino. Considerád si no la distancia que separaba á los profetas de los acontecimientos que anunciaban: el mas moderno vivía cinco siglos ántes de la aparicion de nuestro Señor; los demas distaban mucho mas; algunos, como dije ántes, 1800 años. Siendo de notar que ellos no solo han profetizado las cosas mas sorprendentes en términos precisos, claros é indudables, sino que tambien han anunciado misterios profundísimos y prodigios que exceden á la capacidad del hombre. Y ¿cómo hubiera podido jamas imaginar por sí solo el humano entendimiento, que el Mesías habia de obrar esos prodigios que vaticinaron, y que se han cumplido exactamente? Luego este conocimiento es sobrenatural, efecto de Dios únicamente. Ahora bien, si se admite que las profecías vienen de Dios, ¿qué resta sino reconocer y admitir la divinidad de aquel á quien se refieren? En efecto ¿cuál era, segun los profetas (mas bien, segun Dios que les inspiraba) la mision de Jesucristo sino dar á los hombres una nueva ley, como don precioso del cielo á la tierra? Luego los hombres debian tener fe en esta ley. Y ¿cuál es el primer dogma de esta ley nueva y su base fundamental? La divinidad de Jesucristo. Luego fuerza es confesarla, so pena de revolverse contra Dios. Ademas el Mesías debia hacer milagros en testimonio de su mision: él los ha multiplicado extraordinariamente en todas las ciudades y pueblos de la Judea; luego era Dios, como lo habia anunciado: de otro modo preciso seria acusar á la Divinidad de nuestro error. Últimamente las profecías anuncian, que seria Dios y que en este concepto recibiria las adoraciones de los reyes. Y ¿no es verdad que Jesucristo lleva un nombre divino, y que en su misma cuna recibió las adoraciones de los Magos de Arabia y Sabá, y que al nombre de Jesus todo tiembla en el cielo, en la tierra y en los abismos?

En suma, señores, cosa extraña por cierto! ¿quién creeria que los testimonios de los profetas judíos se habian de hallar en perfecta conformidad, acerca de la divinidad, con las tradiciones de todos los pueblos? Pues así es: la China, no ménos que la India, sabia que una vírgen daria á luz un hijo, y que el Señor, el Santo, el que conoce todas las cosas, cuyas palabras

instruyen y cuyos pensamientos son verdad, naceria de ella y seria holocausto digno de su majestad. Los siameses y los habitantes del Japon esperaban un Dios: los ojos de los hombres del Occidente se volvian hácia el Oriente, de donde debia venir el libertador: la misma Grecia habia oído decir á su Platon que era necesario un Dios por legislador; y la América en fin, lanzando sus miradas hácia el Oriente, polo de la esperanza, llamaba á grandes voces al Rey santo que habia de venir.

¡Católicos, cuánto se complace nuestra alma al considerar esta conformidad de las tradiciones de los pueblos con los sagrados Libros! ¡qué testimonio tan irrefragable nos suministra este eco de todas las naciones en favor de la divinidad de nuestro salvador Jesus! ¿Quién osaria ya admitir la menor duda acerca de esta verdad fundamental del cristianismo, que estriba en unas profecías tan sublimes, apoyadas en una tradicion tan universal, y sancionadas con un cumplimiento tan exacto? ¿Qué les resta ya á los incrédulos, sino abandonarse al mas imbecil escepticismo, ó reconocer la divinidad del Salvador? ¿Osarán acaso recurrir á subterfugios, para oscurecer la verdad? Pero la verdad no necesita de mas pruebas que las que llevamos enunciadas. Si á pesar de estas se obstinase todavía el entendimiento humano en negar la divinidad del Salvador, dia vendrá en que esclareciéndose la vista del hombre, conocerá las cosas como son en sí, y entónces nada restará á los incrédulos sino exclamar despechados: errado hemos! y experimentando el condigno castigo de su voluntario error, entrarán en el camino de la desesperacion, que no tendrá fin por toda una eternidad.

SERMON.

LA OBSERVANCIA DE LAS FIESTAS

ES DE PRECEPTO DIVINO.

PARA EL MÁRTES DESPUÉS DE LA DOMINICA CUARTA
DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Si circumcisionem accipit homo in sabbato, ut non solvatur lex Moysi; mihi indignamini quia totum hominem sanum feci in sabbato?

Recibe el hombre la circuncision en sábado, para que no se infrinja la ley de Moises, y ¿os indignáis contra mí porque sané en sábado á todo un hombre?

S. Juan, c. 7. v. 23.

Habiéndoos dicho en otra ocasion que debemos á Dios el culto interno y externo, por ser criador de nuestra alma y de nuestro cuerpo, resta ahora explicaros en qué consiste la diferencia de estos cultos. Adoramos á Dios interiormente, si conociendo que todo lo hemos recibido de su mano, deseamos emplearlo todo pronta y fervorosamente en lo que pertenece á su servicio; y esta es la única y verdadera devocion: y tambien si persuadidos á que de él solo depende el remedio de nuestras necesidades, se lo pedimos, no con los labios, sino precisamente con el corazon: esto es lo que se llama oracion, y debe ser en todo caso humilde, fervorosa, confiada y perseverante. Le adoramos exteriormente arrodillándonos en su presencia, ó protestando nuestra sumision por medio de alguna de las ceremonias instituídas al efecto: de estas las principales son el

(1) En la pág. 340 del tomo primero de los sermones de *Mision* se halla uno para este dia, sobre las dudas acerca de la Religion.